

Manuel Talens se fue

José A. Tapia*

En junio de este año, en una visita a Barcelona, hablando de literatura le recomendé efusivamente a un amigo *La parábola de Carmen la Reina*, de Manuel Talens. Unas semanas después mi amigo barcelonés me escribió preguntándome si me había enterado de la muerte de Manuel Talens, que él había visto reseñada en *Rebelión*¹. Y no, yo no me había enterado. Hacía meses que no sabía nada de Manuel Talens, no sé si quizás estaba enfermo. No tengo información sobre las circunstancias de su muerte.

Nos hicimos amigos por correo electrónico, creo que cuando yo vivía en Nueva York y él en alguna parte de Francia; debió de ser probablemente hacia finales de los noventa. A pesar de que fue una amistad de muchos años, solo nos vimos una vez, en Madrid, en junio de 2013, casi un día entero en el que no paramos de reír, comer, tomar cafés, refrescos y cervezas y hablar de tantas cosas que compartíamos y de tantas otras que nos separaban. Cuba, ¡Cuba en el corazón! Aquel día fuimos a una librería a ver libros y me regaló *La última noche*, de James Salter, de quien yo no sabía nada. Me dijo que era una colección de cuentos estupenda, y lo es. Nos despedimos en la estación de Atocha, donde Manuel tomó el tren de vuelta a Valencia. Fue la primera y la última vez que lo vi. Hace unos meses le mandé un correo electrónico precisamente para decirle que me había enterado de la muerte de James Salter. No contestó, lo que me extrañó porque siempre lo hacía, aunque a veces tardaba.

Conocí a Manuel Talens en los primeros años de MedTrad, cuando unos cuantos traductores desperdigados por el mundo —me vienen a la cabeza los nombres de Fernando Navarro, Ignacio Navascués, Laura Munoa y Ernesto Martín-Jacod— nos tirábamos los trastos a la cabeza discutiendo en aquel foro virtual sobre la traducción apropiada de esto o aquello, o sobre si los traductores debían ser como había dicho no sé quien (¿Pushkin?) los mensajeros de la Ilustración. Por aquel entonces Manuel escribía columnas frecuentes en la edición valenciana de *El País*, en las que zahería con mordacidad desatada las politiquerías de la Comunidad Valenciana, yéndose a menudo a ámbitos más peninsulares e incluso internacionales. Su pluma era demasiado hiriente para los poderosos y su colaboración en *El País* se acabó pronto, pero aquellas columnas de las que leí muchas con interés y satisfacción me sirvieron para darme cuenta de que compartía con Manuel muchas ideas, muchos valores. Empezamos a tener intercambios más o menos frecuentes al margen del foro.

Creo que el primer libro de Manuel que leí fue *La parábola de Carmen la Reina*. Es una novela de considerables dimensiones, pero la leí rápidamente, es de esos libros que te atrapan y este además te hace reír un montón. El humor de Manuel era, o es, no sé cómo sería mejor decirlo, sutil a

veces, pero a menudo es brutal, de soltar sonoras carcajadas. Cuando acabé la novela le mandé un correo electrónico a Manuel preguntándole de qué fuente había obtenido noticia de las despampanantes leyendas sobre la Bernarda y sus partes pudendas, leyendas que en la novela se presentan como tradición popular de las Alpujarras. Manuel me contestó que se había inventado todo aquello de cabo a rabo, lo que me dejó del todo convencido de que poseía una de las cualidades del gran novelista: una enorme imaginación no restringida ni por las experiencias vitales propias ni por las consideraciones de verosimilitud. Las narraciones de *Rueda del tiempo* en general me gustaron menos que *La parábola* y yo ya había leído ambos libros cuando Manuel me envió el manuscrito de *La cinta de Moebius*. En ese libro Manuel puso toda su vena iconoclasta y sus fantasías, que podríamos calificar como teológico-patológicas y cibernético-futuristas. En el libro Manuel utilizaba para sus propósitos narrativos algunas expresiones de la jerga estadística sobre las cuales quiso saber mi opinión. Se la di y le dije también que, aunque el libro me había gustado, y admiraba su indudable inventiva, para mí *La parábola de Carmen la Reina* seguía siendo su mejor obra. Creo que eso no le gustó a Manuel, que había publicado *La parábola* hacía ya casi quince años y que venía ahora con su nuevo retoño en el que había puesto todo su cariño. Pero, por supuesto, continuamos siendo amigos, a distancia, eso sí, porque nunca nos habíamos visto en persona.

Manuel era de esas personas cuya generosidad y solidaridad con la humanidad sufriente transpira en cada una de sus acciones. Quizá podría decirse mal y pronto, con una de esas expresiones que usan los conservadores en EE. UU. para reírse de los izquierdistas, que era un *bleeding heart*. Pero, por supuesto, su pluma afilada era capaz de cortar como en tiempos había cortado su instrumental anatomopatológico. Manuel tenía un enorme mundo, había vivido en muchos sitios, a ambos lados del Atlántico. Era un artesano de la palabra y tras sus andanzas por el mundo médico, la anatomía patológica y la literatura, al final acabó ganándose la vida como traductor profesional. No cabe duda de que fue también un gran escritor. Hace unos cuantos días, rebuscando sus libros por mis estanterías, para recordarlo, encontré uno que también me regaló él. Se trata de un ensayo de divulgación lingüística que Talens había traducido, *El prisma del lenguaje: cómo las palabras colorean el mundo*, de Guy Deutscher. En una nota a la edición española Deutscher explica que toda traducción de una lengua a otra es difícil, pero que un libro sobre la lengua «plantea dificultades que superan lo imaginable», de tal forma que la versión en español del libro es realmente una adaptación que solo fue posible mediante una estrecha colaboración entre autor y traductor.

* Universidad Drexel, Filadelfia (EE. UU.). Dirección para correspondencia: jat368@drexel.edu.

Deutscher expresa su gratitud a Manuel Talens por su inventiva y por las inflexibles normas de calidad que estableció en esa traducción. El libro de Deutscher, que estoy ahora disfrutando en la estupenda traducción de Manuel Talens, es una interesantísima reflexión sobre cómo el lenguaje, los lenguajes, ejercen un sutil efecto sobre el pensamiento, de forma que las palabras, esos entes arbitrarios, colorean el mundo. Un mundo al que Manuel Talens contribuyó a colo-

rear con tonos vivos y vibrantes, quizá como los de Fernand Léger.

Adiós, Manuel. Te echaremos de menos.

Nota

1. La noticia puede leerse en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=201362> [consulta: 13.X.2015].

